

o a darle muerte. Cada vez que atracaban nuevos barcos ella, la niña y el aya preferían enclaustrarse bajo llave en el **bungalow**. Por las noches se mantenían a oscuras y en silencio. No se escuchaban los acordes del piano ni la voz entonando aires peruanos.

Linda empezó a considerar que hubiera sido mejor viajar a su añorado Perú y esconderse en el Cuzco. Pero, no. Había escogido como refugio precisamente la isla de cuya dársena zarpaban casi todas las naves que iban con rumbo a California.

III

Comepán y los negros

—La gula es uno de los siete pecados capitales. Si eres golosa y además robas para satisfacer tu vicio cometes doble culpa.

—No soy ladrona, padre. Los panaderos me regalan viriles.

—Si es así, despreocúpate. Puedes comerte un pan del tamaño de tu hambre según dice la Biblia. Lo mismo da que sea viril, pistolé o micha.

En el atrio varios niños gritaban. ¡Comepán! ¡Comepán!

—No hagas caso. ¿Por qué demonios te aplican ese apodo?

—Por eso mismo, padre; porque me gusta el pan caliente.

—Debe ser otra la razón.

—Es cierto. Soy pecadora, padre, pero deseo enmendarme. Quiero volver al buen camino. La gente me desprecia. Por eso prefiero entrar aquí cuando no hay nadie. Humildemente limpio las cosas de la iglesia. ¿Ya vio cómo han quedado los candelabros?

—Sí, ahora brillan como si fueran de oro. Sigue puliendo ese gran báculo, pero no lo hagas solazándote, que eso también es malo.

El buen párroco no lograba integrarse definitivamente a la parroquia. Pensaba: Llegué hace varios meses y aún sigo sin saber de la misa la media, pues las pocas personas con las que me he relacionado, siempre se muestran reticentes. Me gustaría enterarme de esto y de aquello, de eso que llaman dimes y diretes, de la vida íntima de la comunidad, que sólo capto de modo fragmentario y atando cabos sueltos. Es posible que desconfíen de mí, por

mi deseo de establecer nuevos métodos, nuevas modalidades. Son refractarios al progreso. No he sabido ganármelos. Seguramente soy demasiado adusto. Tengo que serlo. Me he trazado la única pauta lógica: prudencia y más prudencia, pero es tan tierna, tiene una carne tan sabrosa y ardiente, que voluntariamente me consumo en su hoguera.

—Te exijo un canon rígido —dijo Su Señoría—. Vas a enfrentarte a los demonios. Es una isla pagana, panteísta. Su grey es pecadora y lasciva. No te doblegues, hijo mío. Tú eres joven y debo prevenirte contra las tentaciones. Rézale a San Antonio. El pecado te rondará constantemente. Léete la vida de los santos, la Leyenda Aurea. Procura estar en guardia sobre todo cuando se te aproximen las hembritas. El clima cálido las hace andar a veces ligerillas de ropa. Llevan la carne a la intemperie. Pon mano férrea, hijito. Muéstrate retraído, severo, huraño.

Otros honestos sacerdotes habían perdido el tino y el equilibrio, decía el Prelado. El error de ellos tuvo por causa el hecho de no haberse sabido mostrar austeros desde el principio. Sólo cumplían como Dios manda mientras lograban mantenerse a la defensiva, pero al fin y al cabo la atmósfera chispeante y campechana del pueblo los envolvía y, en resumidas cuentas, atrapados en la urdimbre de magia que tiene la isla, aprendían a fumar, a beber, a bailar; volvíanse adictos al dominó, al billar, al ejedrez y, claro del juego de las damas pasaban a enamorarse de las mismas de lo cual resultaba que, a consecuencia de una doncella menos o un marido burlado, Su Señoría, accediendo al sempiterno pedido de las Damas Católicas, no tenía más remedio que transferirlos.

—Tenga cuidado, señor cura —dijo Betfn—. Recuerde que Satanás es muy astuto. A usted lo he visto varias veces conversando...

—Si lo dices por ella, despreocúpate. ¿No ves cómo ha bruñido los objetos de cobre?

—Puede ser una trampa.

—No te apartes con la primera nueva ni seas pueril y desconfiado.

—Desde cuando era un simple monagillo no he hecho otra cosa que estar metido en esta iglesia manoseando vestiduras sagradas, limpiando imágenes, cantando misas, recogiendo limosnas y repicando las campanas. Hasta aprendí a hacer hostias. Así he crecido, padre, entre sotanas y faldas. Llevo en la sangre el miedo del pecado, pero usted sabe que ya no soy un niño.

—¿Quién va a dudarle? Nadie niega que eres todo un adolescente. Por eso te hice sacristán. Sé que tus tías te han educado cristianamente. Sabes desempeñarte y haces bien en vigilar y estar alerta para que no se cuele el diablo.

—Tengo cierta experiencia, señor cura. Conozco a esa fulana.

—Parece que es ligera de cascos, pero es mujer muy atractiva. Tal vez sea esa la razón de que la pobre se haya extraviado; pero creo que en verdad se ha arrepentido de sus pecados. ¿Dices que la conoces, quiero decir, bíblicamente?

—No, padre.

—¿Por qué le dicen Comepán?

—Porque a la hora en que el pan sale del horno, casi en la madrugada, (¿cómo decir tal herejía sin ofender la santidad ¿el lugar?), la muy bandida se dejaba atraer del olorcito y entretenía a los panaderos en ecuánime cambalache de michas, o sea, mediante el trueque de pan por pan.

—Betín, tú dale guate a las ciruelas subido en esa rama y avisa si viene alguien mientras Marino y yo hacemos cosita —dijo Felipe—. Tiene que ir aprendiendo. Fíjate cómo se hacen las maracas. Pórtate como un hombre, fulito. No vayas a decírselo a nadie.

Estaban a la sombra de unos árboles, ocultos tras los enormes tanques de agua, evitando el peligro de que pudieran sorprenderlos mientras hacían su fechoría. Felipe fue el primero que se tendió con ella sobre la hierba. A horcajadas en la horqueta del árbol, Betín se daba gusto mordisqueando ciruelas que traqueteaban al morderlas. Se le hacía agua la boca porque estaban bien jechas y sabrosas. Goloso como era, bajó la guardia causando el gran disloque, porque cuando Marino estaba en lo mejor de su asunto llegaron intempestivamente cuatro negros de los que trabajaban en el muelle.

—¿Qué están haciendo aquí? —dijo uno de ellos.

Con gran descaro, muy fresca y sonreída, Comepán respondió:

—Un cocinaíto.

—Bueno, mi parte —dijo el chombo.

Marino hizo ademán de levantarse, pero el yumeca dijo:

—No, amigo. **Teiquirisi**. Acaba suave nomás.

Pero él, ya desinflado, saltó de golpe y se echó a un lado, cohibido. El antillano, después de regodearse a su antojo, se apartó del convite y, haciendo un ademán, les dio permiso a los merolos restantes, ordenándoles:

—¡Focking!

Fueron montándola por turno uno tras otro. Finalmente los cuatro se largaron muy reídos y satisfechos. Marino, Pipe y él se habían quedado como quien ve visiones. Comepán, impasible, seguía tendida en tierra como si nada. Casi inmediatamente volvió el primer negrazo.

—Todavía tengo ganas.

Y la montó de nuevo. Cuando por fin se fue, ella dijo:

—¿Qué hubo, Marino? ¿Subes?

Pero al verlo indeciso, se levantó del suelo y, sacudiéndose, dijo:

—Sólo me aprovecharon esos sanabiches, pero me importa un pito. Ya estoy acostumbrada.

Betín bajó del árbol y ella, en broma, comenzó a molestarlo, tóendolo por aquí y por allá.

—¿Quieres probar? Te enseño. Pero mejor voy a tomarte una foto.

Se levantó la falda. Le mostró el sexo.

—Click!

Faustina invoca al fantasma

—Chon Candela desconfía de Felipe —dijo Faustina—. No cree que un niño negro de ojos garzos tenga forzosamente que ser un duende. No todas las muchachas que lo han visto coinciden en sus diversos testimonios y a veces se retractan; pero aunque descartásemos la posibilidad de su existencia, queda el problema de Mimila y de las fuerzas extrañas que la persiguen. Ese fenómeno nadie puede negarlo pues es irrefutable el hecho de que quienes trataron de ayudarla fueron golpeados por manos invisibles que los lanzaban contra el suelo o los muros descoyuntándolos. Son hombres que no mienten. Prueba innegable del maltrato son las magulladuras que muestran en sus cuerpos.

—¿Qué diagnosticas, Plácido? ¿Tú piensas que Mimila esté loca? —Nino Olaya, el Alcalde, no las tenía todas consigo. Quería pasar la bola. Aquel asunto le quemaba las manos como si fueran brasas—. ¿Qué opinas tú, Ladera?

—Loca no está —dijo don Plácido—: más bien parece poseída por un espíritu maligno. En ese tipo de fenómenos de ultratumba, sólo tú eres experta, Faustina.

—Di tú qué piensas, Fausta —dijo Chinino—. ¿Crees que haya relación entre el fantasma y el duende?

—Tiene que haber un vínculo —dijo Faustina—. Hay entre ambos como un cordón umbilical que los une; pero tengan presente que en todos estos casos paranormales siempre existe un agente que sirve de motor a los fenómenos. La experiencia demuestra que por lo general la causa que desata esas fuerzas invisibles y mueve los objetos hay que hallarla en un niño. Si queremos que esta locura acabe no queda más remedio que eliminar al duende.

Mimila dio dos golpes violentos en la pared del cuarto donde se hallaba recluida. Lo cual daba a entender que había escuchado.

—Creo que ella está de acuerdo conmigo —dijo Faustina—. No hay tiempo que perder. Mira, Chinino, te lo advierto, antes que nada debemos dar con el misterio del duende. Creo que es asunto tuyo. Lo del *Ánima Sola* tiene concomitancias metasíquicas. De eso me encargo yo. Digo si ustedes no lo objetan. Permítanme decirles que en ese campo yo estoy más enterada que ustedes. Para eso soy vidente. Déjenme manos libres para actuar.

—Lo que es incuestionable —recordó Papa Chente sentando cátedra—, es que el fantasma presagia una desgracia cada vez que aparece.

—No creo en fantasmas —dijo el doctor Ladera.

—Yo sí —terció Faustina—. Lo que dice Vicente Barcia es cierto. Nadie puede negar hechos concretos. Recuerden. Poco antes del cometa se vio el fantasma. Fue cuando asesinaron a Gancho Hermoso. Después, cuando la guerra de Coto, también apareció el *Ánima Sola*. Nos anunció la muerte de Goyo Gancho.

—Son simples coincidencias —dijo don Plácido.

Quienes habían tenido la mala hora de ser testigos de esas apariciones aterradoras aseguraban haberlas visto a medianoche. Era una espeluznante visión fugaz. Se veía un hombre ahorcado; colgaba de una rama del mango (del fatídico mango que jamás daba frutos); el cuerpo se encendía en llamaradas; la fogata caía, se hundía en el suelo y desaparecía como por ensalmo. Sin embargo, quienes lo aseguraban eran por lo común trasnochadores cuyo perenne estado de ebriedad rayano a veces en el **delirium tremens** les producía alucinaciones. Con todo y eso, para calmar los ánimos, el Alcalde dispuso, de acuerdo con la Curia, colocar una cruz al pie del mango con su correspondiente ermita para que las personas piadosas pusieran lámparas votivas o velas encendidas. El cura párroco no tuvo inconveniente en bendecir aquel humilde santuario. Aunque el fantasma dejó de aparecer, siguió hablándose de manera esporádica de un monje sin cabeza, de una mula que atravesaba el pueblo arrastrando una cadena y, en fin, de una difunta que aparecía tendida en el camino a medianoche, con velas encendidas, recubiertas por una blanca sábana. Se volvía un perro

negro enfurecido que perseguía a los pecadores para alejarlos del secto mandamiento como decía Felipe.

El claro vínculo que suponía Faustina entre el fantasma y el duende la hizo adentrarse en el meollo de aquel raro e inusitado emigma. Tenía el presentimiento de que en aquella búsqueda despejaría la incógnita que la oprimía desde cuando ella era pequeña.

Propuso que la mejor manera de ponerse en contacto con las fuerzas ocultas era efectuando una sesión de espiritismo.

Se apiñaron en torno de una mesa redonda en la salita contigua a la recámara donde estaba Mimila. Sólo eran Papa Chente, Ladera, Balbina y la vidente.

Faustina había logrado dormir o hipnotizar a la muda, convencida de que sería Mimila quien caería en trance, con lo cual esperaba que la experiencia resultaría de todo punto extraordinaria; pero al hacer la invocación, quedó como a la orilla de un abismo sin saber si avanzar o detenerse. Se dio cuenta enseguida de que la extraña y misteriosa presencia estaba ahí.

Antes de sumergirse en sí misma, preguntó:

—**Est-ce-que tu est mon père?**

Por boca de Faustina repuso el muerto con una voz impresionante:

—**Oui, ma chérie. Je suis ton père Philippe.**

Era su padre. La inesperada aparición del espectro la emocionó de tal manera que siguió hablando entre sollozos de modo entrecortado casi ininteligible.

Algo logró entenderse de un crimen inhumano y del deseo del difunto de descansar en paz.

Faustina había intuído desde hacia tiempo que quien yacía en la tumba junto al mango era el haitiano Philippe Durgel.

—Mi padre. ¿Se dan cuenta? Vilmente asesinado.

—¿Qué le pasa, Balbina? —dijo don Plácido—. ¿Por qué está tan nerviosa? ¿Se siente mal? Vicente, sírvele un vaso de agua. Trae ese

cántaro. Beba, Balbina, cálmese. No se preocupe. Todos estamos algo inquietos. No es para menos.

—Nadie quiso decírmelo —dijo Faustina.

—No lo sabíamos —explicó Papa Chente.

—Sí —concluyó Ladera—. Jamás supe de nadie que estuviera enterado de tal crimen.

Balbina se excusó.

—Creo que Mimila puede sufrir un nuevo ataque. Voy a atenderla.

Y entró al cuarto donde estaba la muda.

—¡Qué raro! ¿Oyeron algo? Sé que Mimila duerme. —Con los ojos clavados en la puerta que recién acababa de cerrarse Faustina musitó cabalística—. Es posible que Balbina sepa algo.

—¿Por qué hablaste en francés? —dijo don Plácido.

—Papá era haitiano. Fue siempre fogonero del tren. Teníamos una fonda en Matachín. Allí nacimos Fífila y yo. Philippe Durgel, mi padre, dejó de verse la noche que una tajada de sandía vertió sangre. Creímos que había muerto víctima de los tiros, pero ahora sé que no. Creo que el misterio de su muerte comienza a despejarse.

Eddy, el Blue Moon y el amuleto

Alan Bristol, que se veía obligado a atender a los viajeros, trataba de calmar a Rosalinda aún temiendo que tuviera razón en lo tocante a su incoercible desasosiego, pues muchos de los barcos que llegaban procedían de Luisiana. Siendo Calvert naviera y hombre de presa todos lo conocían en ese Estado sureño.

Un día Lavinia penetró de rondón en la recámara donde se hallaban Linda y Bibby para anunciarles con ojos de terror algo tan fuera de lo usual, que había perdido la voz y trataba de hacerse comprender por señas y silenciosas muecas de los labios.

Cuando por fin lograron entenderle, se dieron cuenta de que Eddy Calvert, el peligroso hijo de Pat, se acercaba a la casa con Alan Bristol. Ya no había forma de escapar. Silenciosas, trataron de escuchar lo que decían mientras ambos libaban y hablaban en la sala.

Alan Bristol entró por fin al cuarto donde ellas, agrupadas, eran sólo un racimo de miedos y silencios. Susurrando a sovoz, les dijo:

—Por ahora, no hay nada que temer. Aunque Eddy posee los documentos que lo autorizan para llevarse a Bibby, creo suponer que todo puede arreglarse. Quiere ir a California. No en busca de yacimiento alguno sino a ganar dinero especulando con la riqueza que otros ganen. Quiere fundar en Sacramento un casino donde los nuevos ricos se diviertan, se embriaguen, jueguen y pierdan su oro; pero se halla sin blanca. No tiene capital y antes de proseguir su viaje, desea obtenerlo, estableciendo en el morro una sentina, un sitio de diversión y hospedaje, para que los viajeros gasten sus dólares. Está seguro de que en muy poco tiempo reunirá el capital que necesita para

el café cantante que quiere abrir en Sacramento. No me ha quedado más remedio que prometerle lo que pide. Le voy a financiar la cantina con su correspondiente salón de baile y aun voy a permitirle el uso de las barracas deshabitadas para que aloje a los viajeros que necesiten pernoctar mientras esperan el paquebote que ha de llevarlos a California. Me he sometido a sus demandas porque nos tiene en su poder. A cambio de lo que yo le ofrezco te dará los papeles que posee, debidamente legalizados y firmados.

Al poco tiempo, uno de los galpones del morro fue convertido en sitio de diversión.

Sometida a la prepotencia de Eddy Calvert, Linda tuvo que transigir no solamente en el traslado de su piano al figón sino, además, se vio obligada a tocar, cantar y actuar como tuvo que hacerlo en Nueva Orleans por mandato del despiadado Pat.

Poco a poco Eddy fue convirtiendo su negocio en prostíbulo, garito y posada.

Para alejar a Bibby de aquel maldito pandemonium Linda la enviaba con Lavinia a la escuela o a las clases de catecismo en la iglesia o a casas de familias conocidas. A todos sus intentos de trasladarse a la ciudad con la niña se opuso rotundamente Calvert, pues la quería tener como rehén y así quitarle toda posible idea de fuga.

—Te necesito, además, para que toques el piano y cantes tus canciones peruanas. Tu oficio es distraer a los viajeros. Lo haces muy bien. Dentro de poco podré reunir el capital que hará falta para el café-cantante de Sacramento. Las ganancias han resultado aquí tan espléndidas debido a tu magnífica cooperación, que hasta he pensado contratarte para que animes también en California el negocio que pienso establecer. Puedes estar segura de que haremos dinero en abundancia.

Encariñado con la niña, Alan Bristol temía que Eddy cumpliera su amenaza de llevarse a Linda y a Bibby. Sólo por eso tenía que consentirle a Eddy Calvert sus excentricidades, a pesar de la pena que sentía al ver a Linda obligada a teclear y cantar horas y horas para una turba de maleantes incapaces de comprender ni de sentir la tierna melancolía de sus canciones. Consideraba que, siendo inútil oponerse, por lo menos debía tratar de defenderla de tan desagradable gentuza. Sólo con tal propósito acudía noche a noche al garito cuyo éxito económico innegable le daba la esperanza de que faltaba poco tiempo para que al fin se vieran libres de aquella pesadilla.

Linda, a quien Alan manifestó las perspectivas de una posible vuelta a los días plácidos, le dijo:

—No te hagas muchas ilusiones. Acaba de mostrarme la última novedad al exponerme los proyectos que tiene para el futuro. Me quedé sin aliento.

En efecto, Eddy se sentía tan eufórico por las ganancias obtenidas que, después de afanarse con obreros, escaleras y sogas, llamó con altos gritos a Linda y le hizo ver sobre el frontis de la taberna un gran letrero azul que entre sirenas rústicamente diseñadas decía BLUE MOON. Linda sintió que la cabeza le daba vueltas. Aquel rótulo la hizo volver *in pectore* a su angustiada vida de Nueva Orleans. Los celos y el odio que Eddy sentía por el papá lo obligaban a rivalizar con él.

Linda, intrigada, quiso indagar aún:

—Entonces, ¿no quieres irte a California?

—Sí, claro —repuso él—. Quiero fundar en Sacramento un lujosísimo centro de diversión. Llevará el mismo nombre que el de mi padre pero será mejor. Para eso necesito un capital que aún no tengo. Sé que voy a reunirlo sea como sea. Me iré de aquí cuando eso ocurra.

Eddy, que era un empedernido jugador le había ganado a uno de los viajeros un par de formidables pistolas con sus correspondientes cartucheras que usaba al cinto. Por las tardes se entretenía en los arrecifes disparando contra gaviotas y pelícanos. Cuando un cuaco se la lanzaba en picada sobre su presa él le apuntaba y ¡zas! nunca fallaba. Atraídos por la sangre vertida, los tiburones se acercaban y Eddy les perforaba el espolón.

A Bibby la distraían los tiros y enardecía denostando a los voraces escualos. Linda y Lavinia jamás dejaban de cuidarla ya a la par o turnándose. Las tres sentían recelos contra Eddy. No se fiaban de su temperamento tornadizo. Temían sus sorpresivos arrebatos. Nunca sabían cómo entenderse con él, pues, además, era patán e inhumano.

Una tarde, al sacar del bolsillo nuevas balas para cargar ambos revólveres, notaron ellas que Eddy tenía un raro amuleto en su leontina. De manera impulsiva, Bibby le preguntó si aquel extraño talismán era acaso una patita de mono.

—No le hagas caso —dijo Linda asustada.

Ya era tarde para evitar la explicación.

Eddy tocó el insólito fetiche con una de sus recién cargadas pistolas y, mirando a Lavinia con gesto irónico dejó caer sus frases con cruel saña.

—Esta es una reliquia. La conservo como recuerdo de un gran santo que murió por su fe, por sus ideas.

—¿Un santo? —quiso saber Lavinia devotamente.

—Sí, fue sacrificado.

—Di cómo —indagó Bibby.

—Murió entre llamas.

—¿En la hoguera? —preguntó Linda Jara.

—Lo ahorcamos y después lo quemamos.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, Lavinia, previendo la verdad, quiso evitar que el grito a flor de labios saliera y se cubrió con ambas manos la boca.

—Sí, ya lo adivinaste —recalcó Eddy, sarcástico—. Tuvimos que lincharlo porque nos quiso sermonear. ¿Quién se pensaba que era? ¿Creía de veras ser un hombre de Dios porque era cura? Sólo era un negro hijo de puta.

De pronto, enfurecido, comenzó a disparar sus dos pistolas contra los cuacos y las gaviotas.

Hizo una pausa y, dirigiéndose nuevamente a ellas que lo miraban aterradas, agregó:

—Fue algo espectacular. Cada uno de nosotros cortó un pedazo de su piel. Aún lo conservo colgado a mi leontina como amuleto. Odio a los negros. No puedo soportarlos. Por eso exijo que mi casino sea un refugio exclusivo para personas blancas. Los negros sólo sirven para limpiar letrinas como esclavos.

Y siguió disparando contra los indefensos pelícanos mientras las dos mujeres y la niña se retiraron asustadas.

VI

Glorificado sea el pecado

A pesar de que Plácido Ladera alegaba lo del aire yodado y los mariscos desde el punto de vista afrodisiaco como esencial motivo de paganía y libertinaje, la verdad de los hechos era que el deterioro de las buenas costumbres se había iniciado según el buen criterio de Papá Chente, desde la época del Canal Frances. Es cierto que Lesseps hizo instalar un hospital donde eran más los que morían (**requiescat in pace**) que los que se salvaban de la fiebre amarilla, pero conjuntamente con el bendito sanatorio, los franchutes, amigos de jolgorios y francachelas, crearon también en la isla múltiples centros de corrupción. El verdadero desbarajuste, claro, nadie lo olvida, se produjo cuando Wilson, poco después de inaugurar la gran vía, le declaró la guerra al Kaiser. Llegaron a la isla muchos marines y soldados. No cabe duda de que esa fue nuestra época de las vacas gordas. Quien recuerde que hubo dinero en pila sabrá que hubo también trepaquesube.

—La guerra terminó hace siete años —dijo María Adelaida—: pero, con todo y eso, según parece, aquí seguimos con el fusil al hombro. Prueba evidente de ello es que tenemos un cura zoneita.

—No exagere, tía Lala, ¿qué importancia tiene eso? —dijo Milagro—. Llamándose Jesús, no va a ser gringo.

—Sé bien que Monseñor Jesús Medina puede ser hijo de españoles como él dice, pero es nacido en los Estados Unidos y es norteamericano. Dime, ¿quién diablos te ha dado vela en este entierro? ¿Cuántas veces debo decirte que no intervengas en las conversaciones de los grandes?

—Perdóneme que insista, Malala. Me dijo que es oriundo de Castilla la Vieja. Más español...

—Hija, respeta —dijo María Isabel—. Ya es hora de que te vayas a dormir. Despídetete enseguida. Anda a tu altillo. Reza y acuéstate.

Milagro dio las buenas noches y subió sin chistar, pensando: Gracias a Dios puedo irme. Debo apurarme, de lo contrario se impacienta.

—De nada sirve que sea hijo de españoles —dijo María Adelaida—. Es reverendo en la Zona del Canal. Está moldeado a la moda yanqui, sin sotana y con el cuello al revés. Tiene todo el aspecto de un cura protestante.

—No olvidemos —dijo María Dolores—que a nuestro memorial Su Señoría Ilustrísima repuso que se trata de una cooperación provisional debida a la absoluta escasez de párrocos.

El tal padre Medina, desde el principio, no sólo resultó un aguafiestas sino que para colmo de males estuvo en desacuerdo con ciertos usos de orden tradicional acostumbrados en la Semana Santa y otras festividades religiosas. No aceptaba que el Sábado de Gloria, en plena misa, el centurión romano, dignamente representado por Cairote con casco y falda corta, le clavara la lanza en el costado a Jesús según se lee en el Evangelio ni tampoco que hiciera pantomimas junto al Santo Sepulcro ni mucho menos que tirara la lanza y el escudo frente al Altar Mayor en el momento en que cantaban el Gloria y huyera por las calles del pueblo para alegría de los chiquillos que lo seguían entusiasmados. No quiso transigir cuando le hablaron de la quema del Judas, ceremonia que se llevaba a efecto en la plaza, frente a la iglesia, mientras alguien leía el testamento del monigote ahorcado. Deseaba suprimir, además, la procesión en lanchas de la Virgen del Carmen alegando que era ridícula aparte de que constituía un grave peligro ya que unas niñas estuvieron a punto de naufragar lo cual fue cierto pero, gracias a Ella, no se ahogaron afortunadamente.

Al nuevo memorial de las fervientes Damas Católicas, Su Señoría repuso de la manera más ahocante y satírica, pues les citó la fábula de Esopo relativa a las ranas pidiendo rey, comparándolas con esos asquerosos batracios ya que exigían un cura del cual, al serles concedido, deseaban deshacerse simplemente porque no se adaptaba y sometía a sus dictados y mojigaterías. Para mayor afrenta, terminaba advirtiéndoles que el severo y joven vicario zoneita se quedaría por un buen tiempo en la isla y que debían ser ellas las que, obedientes, se ajustaran a las ideas y a los preceptos del cura.

Aquella inesperada salida de la Curia puso a las damas como avispas. Puestas de acuerdo, organizaron un complot contra el párroco. Lo

encabezaban, desde luego, las tres Marías o, mejor dicho, para andar sin rodeos, María Adelaida que, sintiéndose líder, lanzó el grito de guerra.

—¡No queremos un cura zoneita.

—Y es además muy regañón —dijo entre dientes María Dolores.

En ese instante pasaba por la calle la humilde Comepán, criatura lúbrica a quien, en son de broma, también denominaban pan de los pobres. María Adelaida, al verla, no puso su habitual mala cara sino que, actuando totalmente a la inversa, chispeó los ojos y acomodó en sus labios una sonrisa del todo equívoca y sardónica, pues había concebido la idea genial. Pensó casi en voz alta: Esta infeliz alma de Dios es como un ángel que nos envía la Providencia. De inmediato discurrió un riguroso plan de batalla para el que halló enseguida un slogan: GLORIFICADO SEA EL PECADO COMETIDO EN DEFENSA DE LA SOBERANÍA.

Llamó a la prostituta, la hizo entrar en su casa y le propuso:

—Te daremos dinero si eres honesta y haces las cosas como Dios manda.

—¿Qué es lo que quieren que haga?

—Queremos que simules ser una arrepentida pecadora como la Magdalena. Te vestirás de negro, nosotras mismas te suministraremos la ropa, e irás todos los días a la iglesia donde no solamente rezarás demostrando tu sincero y profunda arrepentimiento sino que al mismo tiempo procurarás prestar ayuda y entretenerte en cosas útiles. Te daremos un líquido especial y un trozo de franela para que pulas bien los candelabros y todos los objetos de cobre.

Trata de hacer caer al cura. Hazlo pecar. Si eres patriota, debes ponerte a nuestro lado sencillamente porque no nos agrada tener en nuestra iglesia un cura **zonian**. Queremos que se vaya. **Remember, gringo go home.**

Día por día Comepán las informaba de sus avances paulatinos.

—Le confesé que estaba arrepentida de mis pecados. Creo que lo convencí. Me agradeció el servicio de limpieza. Le agrada cómo brillan ahora los candelabros y las varas del palio.

Otra vez, al no verlo en la iglesia, penetró con sigilo nada menos que en la casa cural.

—Lo vi acostado. Estaba enfermo. Le di sobijos por aquí y por allá.

Según ella informaba, el buen curita no pudo resistir y, desde luego, cayó en la tentación, con tal furor, que las honestas damas pudieron comprobarlo no ateniéndose únicamente al testimonio de Comepán sino verificándolo de manera innegable y testicular ya que, como es sabido, las tres Marías habitaban en una casa contigua a la cural y era fácil escuchar el chirrido de los desvencijados goznes de la cama. María Adelaida ponía el oído atento, pegada a la pared de madera. El pecado se escuchaba clarito, todas las noches, desde las diez y media hasta más tarde. Ya no cabía ninguna duda de que el cura cachondo más bien tenía resabios de andaluz y, a lo mejor, era gitano.

Un nuevo memorial llegó al despacho de Su Ilustrísima. Se le pedía que retirara de una vez para siempre a aquel vicario falsamente severo puesto que había caído en tremebundo pecado cohabitando a la brava con la más despreciable de las isleñas.

El prelado, que estaba hasta la coronilla de memoriales y de señoras cursis, les contestó que Esopo bien podría haber escrito la fábula de las **damas pidiendo cura**. Sabía que el reverendo Medina era, además de varón, hombre de Dios, señoras mías, y si se había preocupado por Comepán lo hizo para atraerla al buen redil como a una oveja descarriada. ¿No recordaban, carisímas amigas, a la famosa pecadora redimida por Cristo? Nadie tiró esa vez la primera piedra porque todos se sabían pecadores. También las malas lenguas chismorrearon cuando la Magdalena le ungió los pies. Al contacto purificador del reverendo Medina, también la dócil Comepán encontrará su catarsis y su debida redención porque el hisopo sagrado salpica por doquier la bendición del Señor.

Desde entonces, con más ardor que nunca, todo varón del pueblo pasaba el día y la noche a la zaga de Comepán.

Hasta los más sensatos decían:

—Está bendita.

Y era bueno mojar el hisopo.